



EL JINETE DE LA QUINTA DIVISIÓN

Mauricio Martínez Burgos

CAPÍTULO 1 - EL POLVO Y EL HOMBRE

Yo ya estaba viejo cuando empecé a contar esta historia.

En Potosí.

Con frío en los huesos y singani en la boca.

Fue en Potosí, en una taberna baja, con olor a alcohol agrio y lana mojada. Afuera el viento arrastraba polvo fino, ese polvo que no se posa nunca y se mete en la garganta como si buscara quedarse. Adentro, unos muchachos hablaban fuerte. Demasiado fuerte para un país cansado.

Pedí singani.

El vaso tembló un poco en mi mano.

Hablaban de la guerra federal. De La Paz. De Sucre. De alzarse en armas. Siempre hablan de alzarse en armas los que todavía no conocen el cansancio. Uno de ellos, flaco y con los ojos prendidos, decía que era la hora de Bolivia. Que había que ir. Que el país necesitaba hombres.

Yo miré mis manos.

Ya no eran manos de jinete.

Eran manos que habían sostenido riendas demasiados años.

—Yo conocí a uno... —dije, sin levantar la voz.

No me miraron al principio. El ruido del entusiasmo es sordo. Pero seguí.

Lo vi por primera vez en San Lorenzo.

La plaza estaba abierta al valle. La torre de la iglesia marcaba la hora con un repique cansado. El viento venía entre los sauces y traía polvo del camino.

Ciriaco y yo llegamos tarde.

Ciriaco viejo ya entonces. Más viejo que yo. Montaba como si el cuerpo le hubiera nacido arriba del caballo. Llevaba una Biblia en una alforja y singani en la otra. Decía que una cosa servía para no perderse y la otra para no encontrarse demasiado. Nadie le discutía.

Yo lo seguía. Siempre lo seguí. Por costumbre, por miedo, o por falta de ideas propias. Da lo mismo al final.

La noche anterior se había encontrado con unos conocidos. Singani de por medio. Mucho. Intenté despertarlo cuando el cielo todavía estaba negro, después cuando aclaró, después cuando el sol ya quemaba la nuca. Ciriaco roncaba con la Biblia abierta en el pecho. Salimos apurados, con las monturas a medio ajustar y la cabeza pesada.

Mateo Rodríguez estaba en la plaza cuando llegamos. Nos miró. No dijo nada. Asintió apenas. Ya sabía que no había tiempo que perder.

Eliodoro Gálvez estaba ahí también. Sentado en el borde de la fuente. El caballo flaco, atado a un árbol, masticaba despacio. Mateo lo conocía. Del valle, de algún cruce viejo. No hubo presentación. Solo un gesto de cabeza.

Abel Jerez estaba sentado en una piedra, con las alforjas llenas de papeles. Cuando vio que el grupo se juntaba, se levantó. Se acercó despacio, como quien no quiere molestar.

Carraspeó.

—Bueno, la cosa es que... o sea, yo estuve averiguando, porque uno tiene que averiguar, no se puede llegar así nomás, sin saber, ¿no? Y el arriero, ese que siempre va a Tarija, el de la mula overa, él me dijo que... bueno, no me dijo directamente, pero cuando pregunté, él hizo así con la cabeza...

Eliodoro lo miró.

Mateo lo corto.

—Decí nomás, pues.

Abel respiró hondo.

—Que ya se fueron.

Silencio.

—Los batallones ya partieron a la guerra contra Chile—dijo—. Partieron ayer. Ya están camino a Iscayachi. Nosotros... nosotros llegamos tarde. Ciriaco se pasó la mano por la cara. Lorenzo miró el suelo. Mateo no movió un músculo.

Eliodoro siguió mirando la torre.

Entonces Abel, casi en voz baja, como quien confiesa algo que no tiene remedio:

—Yo también... o sea, si me dejan, pues... yo también voy.

Ciriaco soltó una risa seca.

—¿Vos, pues? ¿Con tus papelitos?

Abel apretó las alforjas contra el pecho.

—Los libros también son un arma, amigo.

Mateo no respondió. Miró a Eliodoro.

Eliodoro se acercó al caballo. Le tocó el cuello. Acomodó la cincha. El animal se quedó quieto.

Ciriaco se quedó callado. Lo miró largo rato. Después escupió al costado.

—Ensillá, pues.

Ciriaco Fernández se rió.

Eso también bastó.

Éramos pocos.

Y tarde.

Las tropas ya habían partido. Pero el polvo todavía estaba fresco, y Mateo juró que los alcanzaríamos.

Partimos. Nadie miró atrás. El pueblo quedó quieto, como si no quisiera recordar nuestros nombres.

Cuando salimos, el polvo nos tragó.

Y ahí empezó todo.

Ya subiendo. Ya dejando atrás el Valle verde con vistas de Chorros de agua que caen desde las montañas. El polvo se levanta detrás como una cortina sucia. San Lorenzo queda abajo, achicándose. La torre blanca se hace chica. Una curva la borra.

Ciriaco cabalga a mi lado. Lleva la Biblia en una mano y las riendas en la otra, como si ambas cosas pesaran igual.

Vengo callado. Se me nota en los hombros.

—Te veo con sueño todavía —dice Ciriaco, sin mirarme.

—No es sueño.

—Entonces es culpa.

No respondo.

Se acomoda en la montura. El caballo lo conoce.

—Vos creés que la guerra se va a escapar porque dormí demás. La guerra espera, hermano. Siempre espera. Está sentada en algún lado, afilando el cuchillo, mirando el reloj. No tiene apuro. Sabe que vamos a llegar.

—No es la guerra —digo—. Es llegar tarde. Quizás sea un presagio.

—Tarde. ¿Tarde para qué? El tiempo no manda al destino, amigo.

Aprieto la mandíbula.

Ciriaco bebe singani. Me pasa la bota.

—Tomá. Tu padre también tomaba.

La sostengo. No bebo.

—Usted no conoció a mi padre.

—Ya sé.

—Él no era andariego, como usted, pues.

—Ya sé.

—A veces pienso que estoy buscando el mismo camino.

Ciriaco escupe al costado.

—Tu padre no buscaba nada. Encontró nomás. Vos también vas a encontrar.

Bebo. Me quema. Me hace bien. Devuelvo la bota.

Seguimos.

Más adelante va Mateo. Derecho en el caballo. La mirada fija en lo que todavía no se ve. No mira atrás. Sabe adónde va y sabe por qué.

Detrás, Abel pelea con las alforjas. Los papeles se le escapan. La mula no le obedece. Habla solo, enredando nudos.

—No, pues... así no... el nudo... siempre se corre...

Ciriaco se ríe por lo bajo.

—Parece hormiga con carga, ese.

—Pero va —digo.

—Eso sí. Va.

Y casi adelante, casi solo, va Eliodoro.

No mira a nadie. No habla con nadie. El caballo flaco le obedece sin riendas, con la pierna y el peso del cuerpo. Sombrero calado. Manos quietas.

Nadie le pregunta por qué va.

Es de muy poca palabra.

El camino se angosta. La tierra cambia de color. El aire se adelgaza.

A la izquierda, lejos, la cordillera empieza a dibujarse. Azul. Esperando.

Mateo frena. Se seca la frente.

—¿Sabés qué día es hoy?

Nadie responde.

—Diez de mayo de 1879.

El viento silba entre los churquis.

—Chile en marzo tomó Antofagasta. Dicen que bajan por la costa. Y nosotros recién saliendo.

Ciriaco toca la Biblia.

—Recién —dice—. Pero saliendo.

—Campero arma la Quinta en Cotagaita. Lino Morales ya tiene órdenes. Tarija moviliza batallones. El Ayacucho. El Méndez. Los Granaderos, a ése tenemos que entrar.

Pausa.

—Y nosotros, cinco.

Ciriaco sonrío, sin alegría.

—Cinco. Como los dedos para un puño, vos eres el dedo gordo Lorenzo. — Me dice.

Abel se ríe.

—Y vos Abel eres el meñique.

Nos reímos.

Mateo espolea. Y seguimos.

El sol ya no calienta. El viento corta la cara.

El camino entra en la quebrada. La tierra se cierra. Arriba, una tira de cielo.

Los cascos suenan hueco en la piedra.

Eliodoro va adelante ahora. El caballo flaco no duda.

Miro la espalda de Ciriaco, el lomo de la mula de Abel, el sombrero quieto de Mateo.

Pienso: esto es. Ya estamos.

No hay banderas. No hay discursos. No hay nadie mirando.

Solo el polvo que no se posa nunca.

Solo el viento.

Solo los cascos perdiéndose en la piedra.

Y el camino.

Siempre el camino.

CAPÍTULO 2 - LA SUBIDA

El verde se quedó abajo.

Los duraznales.

El aire grueso.

Arriba empezó la piedra.

El viento.

El camino se empinó sin aviso. Los caballos resoplaron. El paso se hizo corto. La tierra cambió de color, como si el cerro se fuera secando por dentro. El polvo ya no era blando. Cortaba.

Abel Jerez venía incómodo. Las alforjas le bailaban. Los papeles querían salirse, como si también tuvieran apuro. Se acomodó el sombrero y apuró la mula hasta quedar a la par de Mateo.

—Oye, Mateo —dijo—, una cosa que quería preguntarte... porque uno tiene que saber, ¿no? Yo me alisté por convicción, por la patria, para ser parte de la historia de nuestro País... pero vos, ¿por qué?

Mateo no respondió. El caballo saltó una piedra y siguió.

—Si hay donde pelear —dijo al rato—, con gusto este gallo se anota.

Nada más.

Abel asintió, como si hubiera entendido todo. Se quedó un momento en silencio y después se rezagó. Buscó a Ciriaco y a mí, que veníamos más atrás.

—Don Ciriaco —dijo—, usted que es el más viejo... que ha visto cosas... ¿usted por qué se alistó?

Ciriaco me miró. Yo me encogí de hombros.

—Cuando en el pueblo se levanta polvo —dijo—, uno se sube al caballo y va a ver qué pasa.

—¿Como curiosidad? —dijo Abel—. ¿Cómo ir a mirar?

—Algo así.

Yo asentí.

Abel frunció el ceño. Pensó. Después espoleó otra vez y fue a buscar a Eliodoro, que iba casi adelante, solo, el sombrero calado, el caballo flaco marcando el paso como un reloj.

—Eliodoro —dijo, llegando a su altura—, vos que sos callado... ¿Vos por qué te alistaste?

Eliodoro siguió mirando adelante.

—Porque yo, como te digo, es por convicción, por la patria, por—

—¿Siempre hablás así? —cortó Eliodoro, sin mirarlo.

Abel se detiene.

—¿Así cómo?

—Como las mulas cuando ven agua.

Abel parpadea. Abre la boca. La cierra. Vuelve a abrirla.

—No, pues, si yo... o sea, lo que pasa es que... bueno, es que... hay que preguntar, ¿no? Porque si uno no pregunta, no sabe, y si no sabe, ¿cómo va a...?

Eliodoro espolea el caballo y se adelanta.

Abel se queda atrás, hablando solo:

—... o sea, no es que hable mucho, es que... la comunicación es importante, ¿ves? Sin comunicación, esto sería como... como un libro sin letras, ¿no? Y un libro sin letras...

Ciriaco, al pasar, le da una palmada en el hombro.

—Seguí, nomás, pues.

Ya al terminar de subir y bordeando la punta del cerro, el paisaje se abrió...

La Puna. Una altiplanicie.

Cabalgamos un poco más y llegamos a Iscayachi con el sol ya caído. Pueblo de piedra y viento. Casas bajas. Una capilla oscura. Una fonda con luz amarilla.

Preguntamos. Los batallones habían pasado hacía tres días. Iban adelante. Rumbo a Cotagaita bordeando por el sur los cerros. Mateo dijo que igual seguíamos. Que mañana madrugábamos que en caballo por Sama cruzando unos lagos los encontraríamos.

En la fonda había ruido. Dados golpeando madera. Risas cortadas.

Entramos.

En el fondo, un muchacho flaco jugaba a los dados con tres hombres grandes. Tenía billetes amontonados delante. Sonreía torcido, con los ojos prendidos.

—Clemente —lo llama uno de los tipos—. Una más, pues.

El muchacho —Clemente— sonríe. Tira los dados. Gana otra vez.

Las caras cambiaron.

—Trampa —dice uno.

Clemente se levantó despacio.

—Juego limpio, hermano.

—Limpio un carajo.

El tipo salta la mesa. Los otros dos también.

Clemente esquivo el primer golpe, pero el segundo le entra en la costilla. Cae contra la pared. Las botellas tiemblan.

Mateo qué estaba en el bar mirando, se enderezó. Caminó sin apuro.

Llegó cuando uno levantaba una botella para romperla en la cabeza de Clemente.

Mateo le agarró el brazo.

—Ya está.

El tipo lo mira. Escupe en el suelo.

—Métete, viejo.

—Ya está.

Mateo no suelta.

—Ya está —repite.

El golpe vino con la otra mano. Mateo lo esquivó. La pelea se arma más grande.

Fue rápido. Sucio. A puño y a pata. Ciriaco metió un codazo. Eliodoro puso el pie y uno voló por encima de una mesa. Abel quiso ayudar y terminó en el suelo con una silla encima. Cuando terminó, los tres estaban en el piso. El patrón gritaba. Mateo remata a uno con una patada y se acercó al mostrador.

Dejó unas monedas.

—Pa los vidrios.— dijo y se fue caminando.

Clemente no dudó en seguirlo.

Afuera, el frío mordía. Clemente se sobaba las costillas.

—¿Ustedes son?

—De San Lorenzo —dije.

—De Paicho —acotó Abel.

—Van a la guerra.

—Vamos.

—Yo también voy. Soy de Tomayapo. Yo los puedo guiar por estos lares y si cabalgan a mi paso, vamos juntos

Mateo lo miró largo.

—¿Eres rápido con el fusil así como te metes en problemas?

Clemente miró la fonda.

—Algo.

—¿Sabés montar? — Aumentó Eliodoro.

—Ja, pallo fruta en caballo.

Mateo asintió.

—Vamos, pues.

La madrugada fue dura. Escarcha en las mantas. Los caballos tiritaban.

Abel me hizo señal de que la mula de Clemente estaba flaca y tuerta. Él la ensilló mirando cómo hacíamos.

Cuando el sol asomó, ya estábamos subiendo otra vez.

Éramos seis.

Entonces le dije a Ciriaco:

—Y ahora, ¿qué hacemos con el puño del sur? Ya no somos cinco... uno sobra.

Ciriaco me miró recién entonces, con media sonrisa:

—Sobra el que pregunta, amigo.

Se rieron todos.

Y el camino se perdía adelante.

Sabíamos que la Quinta División estaba al mando de Narciso Campero. Que una de las columnas la llevaba Mariano Lino Morales. Que los batallones tarijeños —Méndez, Ayacucho, Granaderos— ya iban adelante. Que Antofagasta había caído. Que la guerra recién empezaba.

Nadie habló.

Ya no había nada que decir.

El viento siguió.

La piedra también.

Y nosotros, subiendo.

CAPÍTULO 3 - LA TRAVESÍA DE SAMA

Cuando el sol asomó, ya estábamos subiendo otra vez.

No calentaba. Alumbraba nomás.

La luz caía rala, pálida, como si también le costara respirar ahí arriba. Los caballos resoplaban. El vapor les salía espeso de las narices. Cada paso levantaba un ruido seco, piedra contra hierro, que se repetía y se repetía hasta meterse en la cabeza.

Mateo iba adelante. Ese día marcaba el paso distinto. Más corto. Más apurado. No miraba atrás. Sabía que había que alcanzar.

Yo sentía la subida desde temprano.

No era dolor todavía. Era peso.

Como si la altura se me hubiera sentado en la cabeza.

Salimos de Iscayachi sin darnos vuelta. El camino subía sin bronca, pero sin descanso.

Subía como suben las cosas malas: calladas, firmes, sin preguntar.

El frío seguía ahí. Metido en los huesos. El cuerpo no terminaba de despertarse nunca.

Cruzamos un riachuelo. El agua corría clara y helada, fina como cuchillo. Los caballos dudaron un segundo antes de meter las patas. Yo pensé en mojarme la cara. No lo hice. En la puna, el frío no da alivio. Te cobra.

Después de eso, el mundo cambió.

El lugar parecía como un mundo nuevo detrás de la montaña.

Plano. Abierto. Callado. Y con sus propias montañas.

Nunca había visto algo así.

Lagunas quietas, de un azul plomo, como espejos rotos, rodeadas de paja brava.

Flamencos rosados parados en el agua, moviendo el cuello despacio, con una paciencia de reyes. Vicuñas en las lomas, finas, atentas, mirándonos pasar sin miedo, como si supieran que éramos de paso.

Cardones viejos, enormes, clavados en la tierra como brazos que rezan.

Más allá, arena. Dunas bajas, fuera de lugar, un desierto chico metido entre los cerros.

Todo era hermoso.

Pero no era para nosotros.

Se notaba en el viento, que cortaba la cara sin aviso.

En el aire, que entraba poco y salía menos.

En cómo los animales nos miraban de lejos, sin curiosidad.

Nunca había visto tanta belleza junta.

Pero era una belleza que no quería a la gente.

Seguimos.

Porque seguir era lo único que había.

La subida no aflojaba.

El aire se hacía más liviano. Demasiado. Los caballos empezaron a resoplar fuerte. Yo sentí el primer golpe en la cabeza. Despacio al principio. Después como un clavo que me entraba por las sienes.

La respiración se me acortó. Las manos me temblaron.

No dije nada.

Ciriaco me miró de costado.

—Vos estás mal.

—No es nada —dije. Pero la voz me salió torcida.

La mula empezó a bailarme entre las piernas. El paisaje se me nubló, como si alguien hubiera pasado un trapo sucio por delante de los ojos.

—Bajá —ordenó Ciriaco.

Quise. No pude.

Estaba despierto, pero no estaba.

Ciriaco maldijo en voz baja, se bajó del caballo y me agarró del brazo. Me ayudó a descender. Las piernas no me respondieron. Caí de rodillas en la tierra helada.

—Soroche —dijo—. Mierda.

Me pasó la bota de singani.

—Tragá.

Tragué. Tosí. El fuego me quemó la garganta, pero la cabeza siguió martillando, como si no fuera mía.

Ciriaco me frotó las manos, las orejas.

—Tenés que seguir. Si te quedás, te morís.

Mateo se acercó. Miró el cielo, calculó el sol.

—Cuando baje —dijo—, si nos agarra acá, no salimos vivos.

Tenemos que llegar a Tojo antes de la noche. No se acampa en este lugar, no hay ni leña para hacer fuego.

Eliodoro, que venía atrás, se bajó del caballo sin decir nada. Me alzó como si yo no pesara nada y me subió a su propio caballo. Después montó detrás y me sostuvo firme, con el cuerpo.

—Vamos —dijo.

Nada más.

Eliodoro tenía apuro.

Ciriaco lo miró, agradeció en silencio y entendió.

Este hombre no quiere llegar tarde a su cita.

Más adelante, al costado de un arenal, Clemente se arrimó a Abel. El muchacho venía con los cachetes colorados, la lengua suelta, escupiendo arena.

—Oye, amigo —dijo—. Una pregunta.

Abel lo miró de reojo, agarrando el sombrero con una mano y la rienda con la otra.

—Depende la pregunta.

—Primero lo primero —dijo Clemente—. ¿Cómo te llamás?

Abel parpadeó.

—¿Y vos?

—Yo pregunté primero.

—Pero yo llegué primero al grupo.

—Pero yo ya me presenté.

—¿Y qué tiene que ver una cosa con la otra?

Clemente se rió.

—Me llamo Clemente.

—Ah, entonces está bien —dijo Abel—. Abel Jerez. A sus órdenes, pero no muchas, porque me marean.

Caminaron un rato así, discutiendo nada.

—Dicen que el presidente Daza ocultó lo de Antofagasta por los carnavales —tiró

Clemente—. Pa no arruinar la fiesta.

Abel chasqueó la lengua.

—Mirá, compañero... carnaval hay todos los años. Noticias, no. El problema no fue la fiesta.

Fue la distancia. Seguimos con chasquis, ¿ves? La noticia camina. Y a veces se cansa.

—Igual —dijo Clemente—, yo creo que fue por el carnaval.

—Crear es gratis —dijo Abel—. Saber cuesta más.

Clemente se rió igual.

Ahí Eliodoro los cortó con una mirada. Apretó el paso.

Todos se apuraron.

Yo iba cada vez peor.

Llegamos a Tojo cuando el sol ya se estaba yendo.

No era un pueblo. Era una hacienda grande y unas pocas casas, una capilla baja. El viento silbaba entre las piedras como si no hubiera pasado nadie nunca.

Entramos a la única fonda.

Adentro, un hombre tomaba solo. Tenía uniforme, pero desabrochado. El sombrero tirado en una esquina.

Mateo lo miró.

—¿Usted es de los batallones?

—Era —dijo el hombre—. Ya no.

—¿Cómo que ya no?

—Me quedé. Esto no es para mí.

Ciriaco pidió singani. El hombre miró la bota como se mira un recuerdo.

—¿Y por qué se quedó? —preguntó Clemente.

El hombre se rió sin ganas.

—Desorden. Nadie sabe nada. Unos dicen Cotagaita, otros Tupiza, otros a la mierda. Los jefes se pelean. Campero una cosa, Daza otra. Y nosotros en medio.

Bebió.

—Y tengo tierra. ¿Quién siembra si yo me voy? ¿Quién da de comer? La patria no llena la olla.

Abel habló, casi de memoria:

—Gente ignorante, que no reconoce más obligación que cuidar su existencia...

El hombre lo miró fijo.

—Ignorante, dice. Claro. Arar con las uñas no sale en los libros.

Silencio.

—No soy desertor —dijo al final—. Nomás me quedé.

Mateo lo miró largo.

—Cada uno elige.

Salimos.

Dormimos en un galpón pelado.

Los caballos quedaron afuera, juntos, aguantando la noche.

Yo ya había pasado lo peor. Me dolía todo, pero estaba vivo.

Miré a Eliodoro. No dormía. Nunca dormía del todo.

—Gracias —le dije, corto.

Asintió apenas. Como si no hubiera hecho nada.

Ciriaco habló desde el fondo, con voz de hombre que ya eligió hace rato:

—Es cierto—dijo Ciriaco, rascándose la barba como si buscara palabras entre el polvo— la patria no llena la olla, pero es la que nos da el fuego pa cocinar y la tierra pa sembrar. Hay sacrificios que no se miden en pan, sino en honor. Porque un pueblo que solo piensa en llenarse la panza olvida su historia, pero un pueblo que honra a su bandera, aunque el camino sea duro, jamás camina con el alma vacía.

El viento golpeó el galpón como si quisiera entrar.

Afuera estaba el camino.

Y mañana, antes del sol, íbamos a seguirlo.

CAPÍTULO 4 - El encuentro en Tupiza

Salimos de Tojo cuando el sol recién se animaba a mirar por encima de los cerros. La escarcha seguía prendida en los techos de paja, dura, blanca, como sal mal repartida. Los caballos pateaban el suelo, inquietos. El frío ya no mordía como antes, pero todavía se hacía sentir en los huesos.

Mateo juntó al grupo sin decir mucho.

Yo estaba mejor del sorojchi. La cabeza me dolía apenas, como un recuerdo que no se quiere ir. El cuerpo, cansado. Pálido todavía, seguro. Pero entero.

Eliodoro ya estaba ensillando. Siempre apurado. No corría, pero tampoco perdía tiempo. Las manos rápidas, el gesto cerrado. Como si el camino le estuviera hablando solo a él. —Hoy los alcanzamos —dijo Mateo.

Nadie preguntó cómo lo sabía.

Acomodamos las cargas, apretamos cinchas, montamos.

Cuando el sol terminó de salir, ya íbamos camino arriba.

El Camino Real empezó a bajar después de un rato largo.

La puna quedó atrás sin despedirse. El aire se volvió más pesado, más respirable. Los pulmones lo agradecieron. Yo también.

Aparecieron los primeros cactus, solitarios al principio. Después otros. Después muchos. Cardones altos, parados como centinelas viejos, mirando pasar la historia sin meterse.

La tierra cambió.

De parda pasó a ocre.

Del ocre a un rojo vivo, fuerte, como sangre seca al sol.

Pucha... qué rojo, carajo.

Parecía que el Diablo se hubiera estrujao el poncho sobre los cerros, dejándolos así, teñidos de un solo golpe.

Los cerros ya no eran cerros. Eran figuras. Castillos torcidos. Animales dormidos. Rostros. Laberintos de piedra gastada por siglos de viento.

El silencio era grande.

Solo el paso de los caballos.

Y, a lo lejos, un murmullo que todavía no veíamos: el río.

El Valle Colorado se abrió despacio, como si no quisiera mostrarse de golpe. La luz caía distinta ahí. Más tibia. Más viva. El frío empezaba a aflojar, pero el cansancio seguía prendido al cuerpo.

Íbamos subiendo una cuesta cuando escuchamos ruido atrás.

No era eco.

No éramos nosotros.

Mateo frenó.

Todos miramos.



Del polvo salieron jinetes. Uniformes. Algunos a caballo, otros a pie. Una columna tarijeña.
—¡Eh! —gritó uno.

—¡Son del batallón! —gritó Clemente—. ¡Dios también odia a los chilenos! ¡Muerte a los chilenos!

Ciriaco ni lo miró.

—Dios también odia a los pelotudos —dijo—. Cuidado, amigo.

El que venía adelante era un sargento. Bigote grande, cara dura. Pero al ver a Mateo, se le aflojó la cara.

—De San Lorenzo —dijo—. Se les nota en el sombrero.

Mateo asintió.

—Buscamos a la Quinta.

—Ya la encontraron —dijo el sargento—. Somos del Escuadrón Méndez. Vamos rezagados. Desmontamos. Hubo palmeadas, nombres, preguntas por familias, por pueblos, por muertos y vivos. Paisanos todos. Concepción, San Lorenzo, Tarija.

—¿Y el coronel Villegas? —preguntó Mateo.

—Va adelante —dijo el sargento—. Con Lino Morales. Apodaca también. Todos apurados.

Dicen que los chilenos siguen avanzando.

Nos contaron del camino.

De los que se quedaron por el frío.

Del sorojchi que tumbó a varios.

De los que desertaron.

De los que no tenían fusil.

—Pero vamos —dijo el sargento—. Eso es lo que importa.

Más adelante vimos la carreta.

Bajaba despacio, tirada por mulas flacas.

Adentro, bultos. Quejidos.

—Enfermos —dijo el sargento—. Los que no pueden seguir.

La carreta pasó lenta. Caras hundidas. Ojos perdidos. Pies envueltos en trapos manchados.

—Congelados —dijo uno—. El frío no perdona.

Uno levantó la cabeza apenas.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

Nadie respondió.

La carreta siguió bajando, rumbo a los valles, rumbo a la vida.

Eliodoro la miró pasar.

Apretó los dientes.

Después vimos a los jefes.

Bien montados. Uniformes limpios. Galones.

Lino Morales, firme.

Apodaca escribiendo, siempre.
Villegas atrás.
Pasaron sin mirar.
En lo suyo.
Pensé: estos van a quedar en la historia.

Ciriaco escupió.
—Ellos mandan. Nosotros morimos.

Más adelante, el camino se llena de tropa. Infantería, caballería, mulas con pertrechos. Pero entre ellos, ven algo que llama la atención: varios soldados caminan sin fusil. Llevan palos, cuchillos, algunos solo las manos.

—¿Y esos? —pregunta Clemente.

—No alcanzan las armas —dice el sargento—. El gobierno prometió fusiles, pero no llegan. Algunos van a pelear con lo que tengan. Con piedras si hace falta.

Abel recuerda que escuchó, donde el prefecto Trigo pedía a la población que entregue "rifles fuertes, escopetas y demás útiles de guerra" de propiedad particular. No había armas para todos.

—Con piedras —repite Clemente, y silba bajito.

Y entonces apareció Tupiza.

Abajo.
Roja.
Brillante y triste.
El río brillaba como una herida limpia. Las casas de adobe, la iglesia, el polvo, las tropas acampadas.

Nunca había visto cosa igual.

La tierra parecía vestida de fiesta para recibirnos, pero con cara de velorio.

—Tupiza —dijo Mateo—. De aquí a Cotagaita no hay mucho más.

Ciriaco tomó de la bota.

—Salud, pues.

Beben. Todos.

Entramos a Tupiza cuando el sol ya se estaba yendo detrás de los cerros rojos. La luz caía torcida, cansada. El pueblo hervía de tropa. Fogatas por todos lados. Caballos amarrados sin orden. Olor a comida pobre, a sudor viejo, a guerra que recién empieza. Preguntamos por el reclutamiento.

Nos mandaron cerca de la iglesia.

Adentro de la carpa estaba el coronel Andrés Rivas, curtido, cicatriz en la mejilla. A su lado, el mayor Ernesto Quiroga Vega. Uniforme limpio, revólver fino, maneras de ciudad. De esos que no levantan la voz porque no lo necesitan.

Cuando vio a Eliodoro, se quedó quieto un segundo.

Nada más.

Pero yo lo vi.

Eliodoro se acercó sin apuro. Extendió la mano.

Quiroga la estrechó.

—Hiciste bien —dijo—. Te estaba esperando.

No explicó nada más.

Tampoco Eliodoro.

Nos miramos entre nosotros. Ciriaco levantó apenas una ceja. Abel abrió la boca, pero Clemente le pisó el pie.

—Así que ustedes son los rezagados —dijo Rivas—. Siéntense.

Nos sentamos.

—Llegaron tarde —continuó—. Los batallones salieron de Tarija el ocho de mayo. El reclutamiento empezó en marzo. ¿Por qué recién ahora?

Miró a Mateo.

—Nos juntamos nomás —dijo Mateo—. Cada uno venía de su lado.

Rivas revisó papeles.

—Usted está casado. No puede.

Mateo no se movió.

—Por eso mismo —dijo—. Para que tengan futuro.

Rivas lo miró largo. No dijo nada. Siguió con los otros.

Quiroga se inclinó hacia Ciriaco.

—¿Y usted?

Ciriaco sonrió, mostrando los dientes gastados.

—Yo vine porque nadie me va a quitar el gusto de pelear por esta tierra.

Rivas soltó una risa corta.

—A su edad, no está obligado. Pero si quiere venir, venga.

Continuó con Clemente — ¿Y Usted por qué no se alistó en el batallón de Tomayapo?

Clemente apretando sus puños — Porque quería hacerlo con ustedes señor.

Después miraron a Abel.

Abel se enderezó en la silla como si el cuero le quemara la espalda. Se acomodó el sombrero. Se aclaró la garganta.

La mirada le fue de Rivas a Quiroga y volvió, sin quedarse quieta en ningún lado.

—Bueno, la cosa es que... yo estaba trabajando, ¿ve? En Argentina. Allá en la frontera, en unas cosechas. Cuando me enteré de la guerra, pues, tuve que volver. Y el viaje es largo, y...

—Ya —corta Quiroga—. Trabajaba en Argentina. Llegó tarde. Entendido.

Abel respira hondo.

—Necesito reunirme con el coronel Morales —dijo al final, firme por primera vez.

Quiroga levantó la mano.

—Tranquilo, gallo. Todo a su tiempo.

Al final, Rivas cerró los papeles.

—Necesitamos hombres —dijo—. Con fusil o sin él. Alistados quedan. Mañana marchan.

Llamó a la entrada.

—¡Teniente coronel Colodro!

Entró un hombre seco, cara de papel viejo.

—Lléveselos —ordenó Rivas—. Que descansen. En estos días salimos rumbo a Cotagaita.

Antes de salir, Eliodoro miró una vez más a Quiroga.

Quiroga asintió apenas.

Nada más.

Colodro nos llevó hasta un corral vacío, al lado del río.

El agua sonaba oscuro, constante. Estiramos las mantas. Conseguimos algo de comida.

Poca, pero caliente.

Abel sacó su cuaderno.

—¿Qué escribís? —le preguntó Clemente.

—Lo que vi —dijo—. Para que no se pierda.

—Apúrate —dijo Clemente—. Mañana seguimos.

Eliodoro se sentó aparte, mirando las estrellas.

Me acerqué.

—Así que con contactos, ¿eh? —le dije—. Amiguito del mayor.

No respondió.

Me reí.

—Dale, pues.

Silencio largo.

—Lo conozco —dijo al final—. Nada más.

No pregunté más.

Volví con los otros. Ciriaco me pasó la bota.

—No todos llegan igual al camino —dijo—. Pero el camino nos iguala a todos.

Tomó un trago.

La bota circula.

Nadie habló.

El frío apretó. Las fogatas se apagaron de a poco.

El río siguió sonando.

Yo me acomodé la manta y pensé que, desde ese momento, ya no había vuelta atrás.

Porque ahora sí...

ya éramos soldados.

Y el camino, allá adelante,

nos estaba esperando.

CAPÍTULO 5 - TUPIZA

Amanece en Tupiza.

El río corre bajo, arrastrando piedras chicas, haciendo un ruido manso. El campamento despierta entre humo por acabarse y tos. Las fogatas siguen vivas, pero ya cansadas. El frío de la noche todavía se pega a los huesos.

Los cerros rojos reciben la luz despacio. Primero un filo claro. Después el color entero, como si alguien los hubiera encendido desde adentro.

Comemos.

Charqui duro.

Tostado.

Habas hervidas.

Agua con chancaca.

Pobre, pero caliente.

El vapor sube lento, se pierde en el aire frío. Nadie habla mucho. Se mastica largo. Se come como si fuera importante. Como si fuera la última vez.

Ciriaco sopla la habita antes de llevarla a la boca.

—Disfruten, muchachos —dice—. Dicen que de aquí a Cotagaita no vamos a ver fuego para cocinar.

Abel levanta la vista, con la boca llena.

—¿Ni para calentar agua?

Un soldado viejo pasa por detrás, cargando una olla vacía.

—Ni para eso —dice—. Puro charqui seco y uvas pasas. Y si encuentran nieve... la chupan nomás.

Sigue caminando.

Nadie se ríe.

Cada uno mira su plato como si estuviera leyendo algo ahí. Algo que no quiere leer.

El comedor siguió con bulla.

Después del desayuno nos llaman.

El teniente coronel Mariano Colodro nos lleva hasta donde están los oficiales. Parados, derechos, con papeles en la mano. Todo ordenado. Todo serio.

Ahí está el coronel Justo Villegas.

Tarijeño.

Cara curtida.

Mirada firme.

Nos observa uno por uno. A algunos los reconoce.

—Ustedes son los que llegaron tarde —dice—. Pero llegaron.

No hay reproche. Solo un hecho.

—Mañana partimos a Cotagaita. De ahí, a enfrentar al enemigo a Tarapacá o Calama.

Prepárense.

Colodro da las instrucciones. Formación. Cargas. Silencio. Obediencia. Lo de siempre. Lo necesario.

Y entonces suelta algo más.

—El doctor Aniceto Arce ha donado ropa para la tropa —dice—. Llegó con los últimos arrieros. No alcanza para todos.

Sortean.

Nos toca.

Chaquetas.

Pantalones.

Camisas de tocuyo.

Nada nuevo. Pero limpio. Seco. Entero.

Ciriaco se pone la chaqueta y se mira.

—Parece que voy a misa.

Un soldado se ríe.

—Vas a misa de difuntos, abuelo.

Ciriaco se queda quieto — eso no dijo tu abuela ahijau! — contestó con una sonrisa generando alboroto.

A la tarde me mandan a ayudar con las provisiones.

Sacos.

Bultos.

Cargas que llegan de Tarija y de Potosí.

Charqui.

Tostado.

Harina.

Uvas secas.

Singani también.

Trabajo duro. La espalda arde. Las manos se acostumbran rápido.

Miro. Aprendo.

Veo cómo algunos apartan cosas “para el camino”. Cosas que no figuran. Cosas que se pierden sin perderse.

Cuando vuelvo, encuentro a Ciriaco sentado junto al río. Mira el agua como si estuviera enojado con ella.

—Te cuento algo terrible —le digo.

—¿Qué pasa?

—Dijeron que de aquí en adelante, abstinencia. Que el alcohol nubla la mente.

Ciriaco baja la cabeza.

—Mal haya mi suerte.

Me siento a su lado. No digo nada. Espero.
Después, despacio, meto la mano en el poncho. Saco una bota chica.
Ciriaco la ve y se queda quieto.
—¿Cómo?
—En las provisiones —digo—. Pensé que una podía perderse.

La agarra. La huele. La pesa.

Se le humedecen los ojos.
—Vos sí que sabes querer, hermano.
—Guárdela bien —le digo—. Para cuando toque.

La esconde. Me mira.

—Al volver a San Lorenzo, el primer almuerzo yo te lo preparo.
—Juuta, mejor cómpreme algo pa tomar —le digo—. Va a ser menos veneno que lo que cocine usted.

Nos reímos.

El río sigue pasando.

La tarde se estira.

El sol cae detrás de los cerros rojos. El color se apaga despacio. Tupiza cambia de cara. El campamento se aquieta. Las fogatas vuelven a prenderse. El frío regresa.

Mateo mira el horizonte.
—Esta noche necesito un trago.
Eliodoro está a su lado. No responde. Pero cuando Mateo se levanta, él también.

No tienen permiso.
Las órdenes son claras.

Nadie pregunta.

Los vemos irse. Caminan pegados a las sombras. Esquivando rondas. Mezclándose con la noche.

El viento en los Cañones sonaba más fuerte.

Salieron del campamento cuando la luna empezaba a subir.

Mateo adelante, Eliodoro atrás. Sin hablar. Las casas de Tupiza eran bultos oscuros contra el cerro. Algunas con luz adentro, velas detrás de las rendijas, sombras que se movían sin prisa.

El frío calaba hasta los huesos.

Eliodoro se envolvió mejor en el poncho.

—¿A dónde vamos? —preguntó al fin.

Mateo no volvió la cara.

—A donde se oiga ruido.

A lo lejos, por encima del viento, llegaban risas. Y una guitarra. Desafinada, pero guitarra al fin.

Siguieron.

La plaza estaba vacía. Los álamos negros contra el cielo. Del otro lado, una puerta grande, de madera, con luz que se escapaba por las rendijas. Adentro, bullicio.

La taberna.

Entraron.

El lugar era un galpón de adobe, techo de paja, piso de tierra apisonada. Mesas de madera gastada, velas derritiéndose en botellas, humo de tabaco barato. Olor a singani, a sudor, a noche.

En una mesa del fondo, unos mineros bebían y discutían. Manos callosas, ropa manchada de tierra colorada.

Mateo pidió dos vasos.

Se sentaron cerca. A escuchar.

—En Huanchaca están parando —decía el más viejo, canas en las sienes—. Dicen que si la guerra sigue, no hay plata para pagar jornales.

—Mentira —respondió otro, más joven, cicatriz en la mejilla—. Plata hay. Lo que no hay es ganas de soltarla. Arce está guardando cada peso para él.

—Aniceto Arce —terció un tercero, escupiendo al suelo—. Ese juega a dos puntas. Financia a Campero, pero también manda plata a los de La Paz. Quiere quedar bien con todos.

—Con todos menos con los pobres —gruñó el viejo—. Mi hermano trabaja en sus minas. Doce horas bajo tierra. Y cuando pide aumento, le dicen que hay guerra, que hay que apretarse el cinturón.

—¿Y qué sabe Arce de apretarse el cinturón? —rió el de la cicatriz—. Ese usa cinturón de oro.

Rieron. Risa amarga. De las que no alegran nada.

El más callado del grupo, un indio de pómulos altos que apenas había hablado, levantó la cabeza.

—Lo que pasa en las minas —dijo, la voz grave— es lo que pasa en el país. Los de arriba se llenan, los de abajo se parten el lomo. Y cuando hay guerra, los de abajo son los que tienen que ir.

Silencio en la mesa.

—¿Tú vas a ir? —preguntó el viejo.

—Ya estoy viejo para eso —respondió—. Pero mi hijo sí. Se alistó en Potosí. Dice que va a defender la patria.

—¿Y tú qué le dijiste?

El callado bebió un trago largo. Dejó el vaso despacio.

—Le dije: "Hijo, la patria no te va a dar de comer cuando vuelvas. Pero si no vas, te llevan preso". Qué le vas a hacer.

Otro silencio.

—Los chilenos —dijo el viejo, bajando la voz— dicen que ya pasaron Calama. Que están bien armados.

—¿Será que vienen para acá?

—Para Potosí, hermano. Quién sabe.

—Y nosotros aquí, tomando, mientras el Daza decide.

—Siempre fue así.

Mateo y Eliodoro escuchaban sin moverse. No intervenían. Pero guardaban cada palabra.

Mateo se levantó.

Necesitaba moverse.

Había una puerta al fondo. Empujó.

Adentro, la luz era más tenue. El humo más espeso. En una mesa, contra la pared, estaba Clemente.

El muchacho tenía una montaña de monedas frente a sí. Más plata de la que un soldado raso ve en un año. A su lado, una mujer joven, de mirada viva, que sonreía cuando él ganaba.

En la mesa, con él, tres hombres. No eran mineros. Ponchos de viaje, botas gastadas, sombreros de ala ancha. Transportistas. Arrieros que traían mercancías de Argentina o las llevaban a Potosí. Gente de camino. Gente que conoce la sierra y conoce las trampas.

Clemente levantó la vista. Cuando vio a Mateo, su cara se iluminó.

—¡Jefe! —dijo, mostrando los dientes—. Venga, siéntese.

Señaló las monedas.

Mateo se acercó. Se inclinó un poco.

—Clemente —dijo bajo—. Deja eso. Nos vamos.

Clemente hizo un gesto con la mano. Despreocupado.

—Tranquilo, jefe. Unas manos más.

Los transportistas miraron a Mateo. El más viejo, barba entrecana, ojos de piedra, lo recorrió despacio.

Mateo insistió. Más bajo. Más tenso.

—Clemente. Si nos metemos en problemas, nos echan del batallón. O peor. Ya sabes lo que hacen con los que se escapan de noche.

Clemente ni lo miró.

—Ah. Unas manos más. Dejame, estoy con esta preciosa.

La mujer sonrió. Le tocó el brazo.

—Déjalo, mi sargento —dijo ella, voz de miel.

El que repartía las cartas era un hombre flaco, dedos largos, cara marcada por la viruela.

Barajó.

Repartió.

Por un segundo, una carta quedó a la vista. Un diamante.

Jugaron. Las apuestas subieron. Clemente fue con todo. Confiado. Soberbio.

—Voy —dijo, empujando el dinero al centro.

Los otros igualaron.

Clemente bajó su mano. Póker de ases.

—¡Ajá! —gritó. Se inclinó para recoger el dinero—. ¡Eso es saber jugar, pues!

El transportista viejo sonrió. Lentamente, sin apuro, bajó sus cartas.

Diamante, diamante, diamante, diamante, diamante.

Escalera real de diamantes.

Clemente se puso de pie de un salto.

La silla cayó hacia atrás. Su mano fue a la cintura. El arma ya estaba afuera.

—¿Con cuántos diamantes estamos jugando, mierda?!

El grito afilado como cuchillo.

Los transportistas saltaron.

Un disparo seco.

Una mano por debajo de la mesa.

Clemente cayó hacia atrás. La sangre brotó de su costado. Negra en la luz tenue. Golpeó el suelo con los ojos abiertos. Sorprendido. Como si todavía no entendiera qué pasó.

Mateo reaccionó.

Disparó una vez. Rápido. Certero. La bala alcanzó la cabeza del tercer transportista que sacó otra pistola. El hombre cayó sobre la mesa. La sangre salpicó las cartas. Los diamantes. Los ases. El transportista que disparó se tiró al piso.

El viejo transportista gritó.

La fiesta se congeló un segundo. Después, el caos.

Mateo, con la otra mano, sujetó a Clemente. Lo levantó un poco. La sangre le manchó las manos. La chaqueta nueva que le dieron esa mañana.

—¡Clemente!

Clemente lo miró. Los ojos ya se le nublaban. La voz le salió como un hilo. Como agua que se escapa.

—Me duele —dijo—. Arde. Auh...

Su cuerpo se aflojó. Los ojos se quedaron quietos.

Mateo lo acomodó en el piso.

—Mierda.

Más transportistas de otras mesas se habían puesto de pie. Los mineros se asomaban a la puerta. Estaban rodeados.

La puerta principal se abrió de golpe. Apareció el dueño. Hombre grueso. Una escopeta recortada en las manos.

—¿Qué carajo pasa aquí?! ¡Mierda!

Mateo no bajó el arma. Señaló la mesa. El cuerpo de Clemente. Las cartas manchadas.

—Ya no pasa nada —dijo. La voz le salió helada. Como el viento de la puna—. Solo un ajuste de cuentas. Jugaron sucio. Mataron a mi muchacho por un puñado de monedas.

El dueño miró la escena. El viejo transportista negaba. Pero el muerto sangraba sobre la mesa. Y la escalera de diamantes seguía ahí. Demasiado perfecta. Condenatoria.

—Ya está —dijo el dueño, sin bajar la escopeta—. Esto es asunto de la autoridad. Hay un muerto. Hay que dar parte. Soldados fuera de cuartel. Esto va a costar caro.

Mateo lo miró frío.

—No. Esto es asunto nuestro. Y nos vamos.

Con el arma aún levantada, miró a la mujer que estaba con Clemente. Estaba pálida. Temblando. Pegada a la pared.

—Vos —dijo—. Levantá ese dinero. Todo.

La mujer obedeció. Se arrodilló junto a la mesa. Juntó las monedas. Los billetes. Todo lo que había sobre el tapete. Las manos le temblaban tanto que se le caían algunas. Rodaban por el suelo de tierra.

Cuando terminó, tenía un montón en las manos. Miró a Mateo. Esperando.

Mateo le dijo:

—Quedate con treinta.

Ella lo miró. Sin entender.

—¿Por qué?

Mateo la miró un instante. Sus ojos recorrieron la cara de ella. La mesa. El cuerpo de Clemente. La sangre.

—Vos no lees la biblia, ¿no? —dijo—. Treinta monedas de plata. Eso cuesta entregar a un inocente.

Ella apretó las monedas en la mano. Bajó la cabeza. No dijo nada.

Mateo, con el arma en alto, le dio unos billetes al dueño.

—Para una buena sepultura —dijo.

Y comenzó a retroceder hacia la puerta.

Los otros transportistas seguían armados. Pero no se movieron.

Eliodoro había aparecido en el marco. Sin hacer ruido. Su mano también estaba en el arma. Nadie lo había visto desenfundar.

Salieron a la noche.

Solos.

Sin Clemente.

Afuera, el frío los golpeó como una pared.

Las estrellas brillaban. Indiferentes. El río sonaba a lo lejos.

Caminaron rápido. Pegados a las sombras. Esquivando las rondas. En silencio.

Mateo, por fin, habló. Con molestia.

—Quiero volver. Con más hombres. Ajusticiar a esos hijos de puta.

Eliodoro lo agarró del brazo. Fuerte.

—No, me jodas.

—¿Por qué no?

—Porque vinimos a otra cosa. El chico siempre buscó joder. No dejemos que nos joda. Mañana salimos. Viniste a matar chilenos, no a éstos. Nos pillan y es chau. Mínimo cárcel.

Mateo lo miró largo rato. La rabia le temblaba en la mandíbula. En los puños apretados.

—Vamos —dijo al fin—. La puta madre.

Después, despacio, aflojó el puño. Miró el camino. Siguió.

Cuando llegaron al campamento, el grupo dormía.

O fingía dormir.

Mateo se sentó contra una piedra. Junto al río. No dijo nada.

Eliodoro hizo lo mismo.

Al rato, Ciriaco se incorporó. Los miró. Su cara, en la oscuridad, se tensó.

—¿Vieron a Clemente? —preguntó bajo. El chico también se escapó.

Mateo confirmó con la cabeza. Una vez. Seco. Y luego una mueca de que el chico no volverá. Un gesto que decía todo.

Ciriaco se quedó callado un momento. Después volvió a acostarse. Dio la espalda.

Nadie preguntó. No hacía falta.

Abel, despierto, miró las estrellas. Sacó su cuaderno. Escribió algo a oscuras. A tientas. Guardó.

Lorenzo no dormía. Pero no dijo nada.

Mateo se sentó. No durmió en toda la noche.

Eliodoro, a su lado, tampoco.

El campamento dormía. Pero era un sueño incómodo. Lleno de pesadillas.

El río sonaba. Siempre igual.

La luz empezó a teñir los cerros rojos.

Escarcha en las mantas. Los caballos tiritaban.

Ensillearon en silencio.

Llegó el sargento Rivas. Con su lista. Su cara de pocos amigos. Pasó revista.

—¿Y el cachetón? —preguntó—. ¿Clemente?

Mateo lo miró. La cara impasible.

—Desertó anoche. Se fue con una mujer.

Rivas escupió al suelo. La saliva brilló en la tierra helada.

—Mala sangre. Siempre pasa. Muchachos que no aguantan el rigor. Mejor que se haya ido ahora, antes de la batalla. No quiero un muerto en vida me cuide la espalda.

Anotó algo en su cuaderno. Siguió.

Nadie más habló.

Ciriaco montó despacio. Cuidando la bota escondida. Abel guardó su cuaderno en las alforjas. Lorenzo miró a Mateo. Luego a Eliodoro. Y no dijo nada.

Partieron.

El polvo se levantó detrás de ellos.

Lorenzo Catoira, años después:

Esa noche supe que la guerra no empieza cuando uno llega al campo de batalla.

Empieza mucho antes.

Empieza cuando te das cuenta de que los que están a tu lado pueden morir en cualquier momento. En cualquier lugar. Por cualquier estupidez.

Y no hay nada que hacer.

Solo seguir.

Mientras cabalgábamos hacia Cotagaita, nadie miró atrás. Nadie mencionó a Clemente. Era como si nunca hubiera existido. Como si hubiera sido un sueño que tuvimos una noche. De esos que se olvidan al despertar.

Y pensé: ojalá alguien, en algún lado, se acuerde de él.

Lorenzo se pidió otro trago. Y siguió.

Pero en la guerra, uno aprende que los muertos no importan.

Importan los que siguen vivos.

Los que todavía pueden pelear.

Y nosotros seguíamos vivos.

Todavía.

CAPÍTULO 6 - EL FUERTE EN EL CERRO Y LA MARCHA

Al fin.

Después de tres días de subida mala, de piedras sueltas y aire que no alcanza, apareció Cotagaita.

Primero el cerro.
Después el fuerte.

Estaba arriba, clavado como un puño de piedra en el lomo del cerro.

Muros gruesos, sin adorno.

Banderas que no flameaban: temblaban apenas, como si también tuvieran frío.

Centinelas quietos, con el fusil cruzado, mirando lejos.

Abajo, el pueblo.

Casas de adobe apretadas unas contra otras, como buscando abrigo.

Humo bajo, arrastrado por el viento.

Y hombres.

Por todos lados hombres.

De Potosí, de Sucre, del sur.

Uniformes distintos, armas desparejas, voces mezcladas.

El polvo se metía en la boca.

El frío en los huesos.

Yo miré el fuerte y pensé que por primera vez la guerra tenía forma.

Nos asignaron un lugar que simplemente nos protegía del frío.

Armamos el campamento sin apuro.

Nadie nos corría.

En Cotagaita el tiempo no avanzaba: se arrastraba.

Los días eran todos iguales.

Faltaba comida.

Faltaban mantas.

Sobraban rumores.

Un día decían que partíamos al amanecer.

Al otro, que había que esperar refuerzos.

Después, que no había fusiles suficientes.

Después, nada.

Abel escribía.

Siempre escribía.

En papeles chicos, prolijos.

Preguntaba, iba, volvía.

Una tarde después de tanto preguntar pudo hablar con el coronel Morales.

Tardó, pero lo recibió.

Cuando salió, ya no parecía el mismo.

Esa noche nos contó.

Había venido de la Argentina, sí.
 De los ingenios, sí.
 Pero no solo a alistarse.
 Traía información.
 Había visto militares chilenos moverse del otro lado.
 No de paso.
 No perdidos.
 Algo se estaba armando.
 Morales lo escuchó en silencio y le recibió su testimonio escrito.
 Le agradeció.
 Le dijo que había hecho bien.
 Abel habló sin enredarse.
 Por primera vez.

Mateo lo miró largo.
 —Velay lo que acompañamos sin saber —dijo—. Bien guardado lo tenías, ¿eh?
 —Era una responsabilidad —respondió Abel.
 —Y cumplida —agregó Mateo—. Nos honra haber caminado con vos.
 Esa noche el campamento respiró distinto.
 Como si, por un rato, todo tuviera sentido.

Quiroga apareció a la segunda semana.
 Uniforme limpio.
 Botas lustradas.
 El mismo de siempre.
 Trajo órdenes:
 Esperar.
 Organizar.
 No moverse sin mandato.
 Defendió a Campero.
 Dijo que la guerra no se gana con apuro.
 —La guerra no es solo pelear, abuelo. Es estrategia. Si nos lanzamos sin preparación, perdemos. Campero lo sabe. Por eso espera.—
 Más tarde buscó a Eliodoro.
 Se fueron hacia el río, lejos de todos.
 Yo no escuché, pero vi.
 —Cumpliré mi palabra —dijo Quiroga—. El terreno es tuyo.
 Eliodoro lo miró sin gesto.
 —Lo sé.
 Nada más.
 No hubo gracias.
 No hubo reproche.
 Un trato habrán hecho.
 No nos contó nada. Y yo tampoco.

En las fogatas corría otra historia.
 José María Molina decía que Morales quería partir ya.
 Eulogio Vaca juraba que Campero frenaba todo.

—Campero responde a otros intereses. A los mineros, y el tiene intereses políticos. Los mineros no quieren guerra en el sur —decían—. Cuidan lo suyo. Tienen negocios con chilenos, ¿entienden?

—El que tenga huevos que siga a Morales —agregaban—. Los demás, que esperen sentados.

Nosotros escuchábamos.

Guardábamos.

Pasaron los días.

Entrenábamos como podíamos.

No todos tenían fusil.

Algunos practicaban con hondas.

Otros con cuchillo.

Vi hombres apuntar al cielo.

Palomas mensajeras volaban y volvían.

Ciriaco miró a uno tirar con la honda y dijo, serio:

—Mirá vos...

Con eso David bajó a un gigante.

La diferencia es que David tenía fe... y acá nos falta munición.

Nos reímos poco.

Pero nos reímos.

Fue después de la primera semana de septiembre.

El chasqui llegó corriendo.

El hombre apenas se sostenía.

La noticia corrió como fuego seco:

—¡Letelier cruzó la cordillera!

—¡Los chilenos vienen!

El fuerte despertó de golpe.

Campero ordenó reunir a los suyos.

Morales, Estenssoro, todos llamados.

No se esperaba más.

Había que ir a San Cristóbal.

Salimos el 13 de septiembre.

La columna se armó despacio.

Algunos se quedaron mirando.

Otros apretaron los dientes y siguieron.

El polvo subió como una nube baja.

Miré atrás.

Dejábamos el fuerte.

Dejábamos la espera.

Ahora sí, pensé,

íbamos a la guerra.

Cuarenta y seis leguas.

Doscientos veintidós kilómetros de puna. De cerro. De nada.

Salimos el 13 de septiembre. Yo llevaba la cuenta porque Ciriaco decía que en la guerra hay que saber las fechas. Para qué, nunca lo explicó.

Los primeros días, el camino fue duro. Después, fue peor.

El frío crecía con la altura. El aire se hacía delgado, los pulmones pedían y no encontraban. Las mulas tropezaban en las piedras. Los hombres también.

Caminábamos de sol a sol. Al amanecer, diana. Al anochecer, alto. Las fogatas, pequeñas, apenas si calentaban las manos.

El paisaje se volvió hostil. No había árboles, no había pasto, no había nada. Solo piedra, cielo gris, viento que cortaba la cara.

Nadie hablaba. Hablar gastaba aire.

El viernes 17 de septiembre, al toque de diana, encontramos a un soldado muerto.

Era del Batallón Tarija. Joven. Tendría veinte años, quizá menos. Había muerto durante la noche. Congelado.

Los ojos abiertos. La piel gris. Las manos apretadas contra el pecho, como si todavía quisieran agarrar algo.

Lo enterraron allí mismo. Un hoyo en la tierra helada. Una pequeña cruz de palo sobre la tumba. Un oficial rezó algo, rápido, con el viento llevándose las palabras.

Cuando pasamos junto a la cruz, nadie dijo nada.

Ciriaco se persignó. Abel sacó el cuaderno, anotó algo. Yo miré la cruz y pensé en mi madre. En el pago. En si alguien pondría una cruz por mí.

Mateo pasó de largo. No miró. Eliodoro, detrás de él, tampoco.

Seguimos.

Llegamos el 20 de septiembre.

San Cristóbal era menos que Cotagaita. Unas casas de adobe, una iglesia pequeña, polvo por todas partes. Y alrededor, el vacío. La puna infinita. Los cerros pelados. El cielo enorme que aplastaba.

Acampamos en las afueras.

Mientras instalábamos las carpas, algo se sentía distinto. El aire era otro. Más tenso. Más cargado.

Ciriaco lo dijo, sin levantar la voz:

—Estamos más cerca.

No pregunté de qué. Sabía.

Esa noche, alrededor de la fogata, nadie habló. Solo el viento. Siempre el viento.

Los días siguientes fueron de preparación.

Revisaban las armas, las pocas que teníamos. Afilaban cuchillos, machetes. Los que tenían hondas juntaban piedras, las seleccionaban por tamaño, por peso.

Llegaban chasquis casi a diario. Sudorosos, las piernas reventadas. Entraban a la carpa de los jefes, salían, partían de nuevo.

Las noticias corrían:

—Los chilenos están en Canchas Blancas.

—No, todavía no. Pero van para allá.

—Hay que llegar antes.

La tensión crecía. Se veía en las miradas. En la forma de moverse. En el silencio.

Ciriaco, una noche, dijo:

—En las guerras se espera así. Y cuando llega el momento, algunos no están listos.

—¿Y usted? —pregunté.

Me miró. Sonrió sin ganas.

—Yo siempre estoy listo. El problema es estar vivo después.

Una mañana, llegó la orden.

Salir a explorar. En parejas.

El capitán Rosendo Antelo con el mayor Ernesto Quiroga por una dirección.
Mateo con Eliodoro por otra.

Los vi partir al amanecer. Mateo adelante, como siempre. Eliodoro detrás, más lento, más callado de lo habitual. Mucho más callado.

Pasaron las horas.

Nosotros esperábamos. Ciriaco afilaba su cuchillo una y otra vez. Otros miraban el horizonte. Abel escribía.

Yo no podía quedarme quieto.

Mateo y Eliodoro subieron por la quebrada. El sol pegaba duro, pero el viento helado no aflojaba.

Desde una loma, divisaron movimiento.

Polvo. Hombres. Caballos.

Eliodoro sacó el catalejo. Lo ajustó. Mateo esperó.

—Chilenos —dijo Eliodoro—. Cruce de Canchas Blancas.

—¿Cuántos?

—No sé. Unos cien. Tal vez más. Van al oeste.

Mateo miró. Tomó nota mental. Dirección, número, posición. Todo lo que habían ordenado.

—Ya está —dijo—. Volvamos.

Eliodoro guardó el catalejo. Volvieron.

Bajaban por la misma quebrada. Eliodoro iba adelante ahora. Mateo detrás.

De pronto, Eliodoro frenó el caballo.

Desmontó.

Mateo hizo lo mismo. Vio a Eliodoro sacar la escopeta de la funda, agazaparse tras unas rocas.

Mateo se acercó, despacio.

—¿Qué pasa? —susurró—. ¿Dónde están?

Eliodoro no contestó. Tenía la escopeta apuntando hacia abajo, hacia el valle. El dedo en el gatillo. La frente sudando a pesar del frío.

Mateo miró. No vio nada.

—Putá —dijo, ya nervioso—. Dime. No los veo.

Eliodoro no contestó. Siguió apuntando.

Mateo se asomó un poco más. Entre las rocas, allá abajo, dos jinetes. Regresaban despacio, sin prisa.

Uno era el capitán Antelo.

El otro era Quiroga.

Mateo sintió el aire helado en los pulmones.

—¿Pero qué putas haces? —preguntó.

Eliodoro no bajó el arma. Habló sin mirarlo. La voz helada, como el viento.

—Yo vine solo a matar a Quiroga.

Mateo lo miró. La mano derecha, sin que Eliodoro la viera, fue bajando despacio hacia su propio revólver.

—¿Estás loco?

Eliodoro no se movió. La escopeta seguía apuntando. Los dos jinetes, allá abajo, se acercaban lentos.

—Cuando empezó la guerra —dijo Eliodoro, la voz baja, apretada—, Quiroga andaba con los reclutadores. Ofrecían cosas. Perdonar deudas. Tierras. Favores. A cambio de que los hombres se alistaran.

Mateo escuchaba. La mano quieta sobre el arma.

—A mí me ofreció un terreno. El terreno que mi padre reclamó como propio más de diez años. Nunca se lo reconocieron. La familia de Quiroga lo tenía y no lo soltaba.

El dedo de Eliodoro, en el gatillo.

—Mi padre murió con esa injusticia clavada.

—Y ahora —dijo Mateo— Quiroga te lo da.

—Es muy tarde, mi padre ya no está. Yo no quiero nada de él.

Silencio.

Los jinetes, allá abajo, se acercaban.

Mateo desenfundó. Rápido. Apuntó a Eliodoro.

—Si lo matas —dijo— la misión se va a la mierda.

Eliodoro apretó la escopeta.

Los jinetes, abajo, casi llegaban al llano.

—Baja el arma —dijo Mateo, tocando la cabeza de Eliodoro con su arma.

Largo silencio.

Desde la base, los esperábamos.

Primero Antelo y Quiroga. Dos puntos en el horizonte que se hicieron más grandes. Quiroga venía con la cara cerrada. Antelo hablaba, señalaba hacia el oeste. Entraron en la carpa de Morales sin mirar a nadie.

Seguimos esperando.

El sol cayendo. El frío subiendo.

—¿Dónde están? —preguntó Ciriaco.

Nadie respondió.

Después, cuando ya casi era de noche, vimos a Eliodoro.

Un bulto oscuro bajando de las rocas. Caminaba despacio. Mateo apareció después.

Llegaron al campamento. Eliodoro pasó de largo, se sentó contra una piedra, solo, la mirada perdida.

Mateo pasó también. No miró a nadie.

Pero cuando pasó junto a nosotros, vi algo en sus ojos. Algo que no estaba antes. Una tensión. Un cansancio nuevo.

Ciriaco lo vio también.

—¿Qué pasó? —preguntó.

Mateo no respondió. Siguió caminando.

Esa noche, en la fogata, Mateo no vino.

Estaba en la misma piedra, solo. Mirando la oscuridad.

Ciriaco fue hacia él. Hablaron bajo. No se oía qué.

Cuando volvió, su cara era otra.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Ciriaco se sentó. Miró el fuego un rato.

—Algo pasó allá arriba —dijo—. No sé qué. Pero pasó.

Abel dejó de escribir.

—¿Y?

—Y nada —dijo Ciriaco—. Mañana veremos.

Nadie preguntó más.

Pero esa noche, nadie durmió bien.

Yo menos que nadie.

Miré hacia donde estaba Eliodoro. Solo, aparte, mirando las estrellas.

Al amanecer, nos formaron.

Morales se paró frente a nosotros. La voz grave, que se oía en todo el campamento.

—Canchas Blancas —dijo—. Desde tiempos de la independencia, ese paso ha sido clave. Por ahí pasaron realistas y patriotas. Por ahí pasa el comercio con Argentina. Por ahí, si los chilenos lo toman, pueden cortar nuestro abastecimiento. Y después, Potosí.

Hizo una pausa.

—Letelier ya cruzó. Viene con mil cuatrocientos hombres. Nosotros vamos a esperarlos. Vamos a pararlos.

Miró a la tropa. A todos.

—Los que quieran venir, que se alisten. Los que quieran quedarse, que esperen aquí con Campero.

No hubo dudas.

La tropa se dividió.

Unos se quedaban con Campero. Irían a Tarapacá después. Otros, con Morales. Íbamos a Canchas Blancas.

Nuestro grupo no dudó.

Mateo miró a los suyos.

—Nosotros vamos.

Ciriaco sonrió. Esa sonrisa de viejo que ha visto mucho.

—Ya era hora.

Abel asintió. Guardó su cuaderno en las alforjas.

Yo, sin decir nada, me puse al lado de Ciriaco.

Eliodoro, sin mirar a nadie, ensilló su mula.

Esa tarde, vimos a Campero.

Estaba en su carpa, con los oficiales. Hablaban, gesticulaban. No se oía qué, pero se notaba la discusión.

Después supimos. Campero se quedaba. Preparaba su marcha a Tarapacá. Pero no ahora. Después.

Mientras, nosotros partíamos.

Amaneció.

Ensillamos en silencio. Formamos con los demás.

Morales, a caballo, pasó revista. Nos miró a todos, uno por uno. No dijo nada. Solo asintió.

—Vamos —dijo.

La columna se puso en marcha.

San Cristóbal quedó atrás. El polvo se levantó.

Mateo iba adelante con otros. Eliodoro junto a nosotros, todos del Escuadrón Méndez. Detrás, la infantería del Batallón Ayacucho. En medio el Batallón Chorolque. Y Quiroga nos sorprendió uniéndose, más atrás, con parte del Batallón Tarija.

Miré hacia atrás una vez. San Cristóbal ya era solo una mancha en la puna.

Después miré adelante.

Cerros. Frío. Silencio.

Y detrás de una neblina nos volvimos en la División Errante.

CAPÍTULO 7 – VENCER O MORIR

Seis días desde San Cristóbal.

El camino cambió al tercero. La tierra se volvió blanca. No de nieve. De sal. Crujía bajo las mulas como si camináramos sobre huesos.

Abel, que iba delante, preguntó:

—¿Y alguien conoce el mar?

Un soldado viejo, de esos que ya no preguntan nada, escupió al suelo.

—Conozco la sal —dijo—. El mar es esto, pero con agua. Y más grande. Y te la podés tomar, pero te morís igual.

—¿Y usted lo vio?

El viejo lo miró.

—Mi abuelo me lo contó.

—¿Y a qué huele?

—A como te levantas vos en las mañanas, mojado.

Las risas fueron cortas.

Se apagaron rápido.

Abel se quedó callado.

La luna crecía sobre el suelo blanco. El silencio pesaba. A lo lejos, sombras que se movían. Chasquis. Iban y venían en la noche, trayendo noticias de lejos. Se reportaba con el Crnel. Apodaca.

Atrás, sentí que entrábamos en la boca del lobo. El aire cambió. No sé explicarlo. Se volvió más delgado, pero a la vez me calentaba el corazón y me enfriaba las manos. Ahí supe que estábamos cerca.

Miré a los otros. Abel tenía los ojos grandes, de animal que huele al depredador. Eliodoro no paraba de apretar y soltar la mano derecha, una y otra vez. Ciriaco, callado. Demasiado callado. Y Mateo... Mateo no miraba a nadie. Solo el frente. Mordiéndose los dientes.

La guerra ya no era un cuento. Era esto: el aire quieto, las manos que tiemblan, el silencio de los viejos.

Acampamos en las alturas.

Abajo, invisible casi, la kocha. La laguna. El agua que los chilenos iban a buscar. La única en leguas a la redonda.

Reunieron a la tropa. Lino Morales se paró frente a ellos. La voz grave, cortante. Como orden de piedra.

—Quinta División.

Hasta aquí se camina.

De aquí en adelante se pelea.

Detrás quedan las casas, la familia y la plata de Potosí.

Delante, el que quiere quitárnoslas.

Pausa.

—El enemigo cree que el desierto nos ha doblado.

No sabe que al boliviano la sed lo endurece.

No les pido coraje de palabra.

Les pido firmeza.

Paso corto.

Bayoneta baja.

Mirada al frente.

El que avance, vive en la memoria.

El que caiga, queda en la tierra que defendió.

Otra pausa. El viento silbaba entre las piedras.

—No hay retirada.

No hay excusa.

No hay mañana.

Aquí, en Canchas Blancas, se cumple la orden.

Vencer... o morir.

—¡A sus puestos!

La tropa se dispersó con una sola idea... Vencer.

Quiroga, por su influencia, logró entrar con otros oficiales a una reunión después. Estaban el coronel Apodaca, el teniente coronel Ayoroa, el Cnel. Juan Bautista Ayoroa, el Teniente Coronel Teodoro Villarando. Hombres de mando.

Morales había desplegado un mapa sobre una piedra plana. Señaló el cañadón, la laguna, las lomas.

—Llevamos semanas preparando esto. Ustedes no lo vieron, pero otros sí. Apodaca y unas patrullas de indios construyeron caminos falsos allá abajo. Caminos que no llevan a nada,

que confunden, que pierden. Ciento cincuenta indios siguen trabajando en ellos, desviando al enemigo hacia donde nosotros queremos.

Pausa. Miró a sus hombres.

—Ellos vienen a beber. Vienen a morir.

Otra pausa. El viento silbaba afuera.

—No vamos a pelear como ellos. Ellos tienen fusiles, tienen cañones, tienen ejército. Nosotros tenemos esto.

Se tocó la sien.

—Astucia.

¡Nuestro terreno! Y nuestra sed de sangre.

—Hemos estudiado. En las noches, el mapa y lo que no dice el mapa con la información de los indios. Los llevaremos a ellos a donde la geografía nos dé ventaja. Esto será una batalla griega contra los persas. Unos pocos contra muchos. Los pocos ganan si eligen bien el campo.

—Cuando los tengamos a todos en nuestra trampa, en la kocha, procedemos. ¿Entendido?

Todos aceptaron con la cabeza, concentrados en las órdenes. Nadie respondió. No hacía falta.

Después supimos cómo quedó el plan.

Siempre estaba atento, así que supe a quien preguntar y lo demás lo junté de a pedazos. De lo que oí, de lo que le contaron, de lo que vio después.

El frente. El cebo. Parte del Batallón Ayacucho, más algunos tiradores. Esperarían cerca del agua. Cuando los chilenos bebieran, dispararían. No antes.

Allí iban Ciriaco y Lorenzo. Ciriaco, viejo zorro, para aguantar la espera. Y yo, su sombra.

El costado izquierdo. Ataque quirúrgico. El resto del Ayacucho. Su misión: identificar y matar oficiales. Dejar al enemigo sin cabeza.

Allí iban Abel y Eliodoro. Abel, que sabía leer, podía reconocer grados, uniformes, distinguir quién mandaba. Eliodoro, que tenía hambre de sangre.

El costado derecho. Presión. El Batallón Chorolque. Fuego de cobertura desde las alturas. Desde ahí partiría Quiroga.

La retaguardia. El muro. El Escuadrón Méndez. Los cumpas de Tarija. Con cuchillo y machete. Cerrarían la salida. Nadie escaparía.

Allí iba Mateo. Con los que cerraban la puerta.

Cuando Mateo oyó su destino, asintió. Nada más.

Dos noches antes, mataron cuatro toritos.

Los asaron lejos, en una quebrada escondida, donde el humo no se viera. Trajeron la carne caliente. Repartieron asado salado, pito de trigo con chancaca, un poco de vino.

Fue la última comida caliente. Nadie sabía si habría otra.

Alrededor del fuego, Abel preguntó:

—Y esos griegos y persas, ¿cómo era?

Ciriaco se encogió de hombros.

—Cuándo a iu el Comandante a Grecia, pues?

Y yo pregunté:

—¿Quiénes son los persas?

Ciriaco sonrió, con comida en la boca.

—Los que van a perder.

Se rieron. El fuego crepitaba.

—Por los griegos —dijo Ciriaco, levantando su vino.

Bebieron.

Eliodoro se lo bebió de un trago. Miró la oscuridad, hacia donde estaba Quiroga, comiendo aparte.

Después, Morales dio la orden final:

—A sus puestos. Silencio absoluto. Nadie enciende fuego. Nadie fuma. Nadie habla más de lo necesario.

Se apagó hasta el último tizón.

Los grupos se dispersaron como sombras.

A las diez de la mañana llegaron dos chasquis.

Sudados, las piernas temblorosas, después de caminar sigilosamente día y noche. Informaron: el enemigo estaría al anochecer.

A las doce, otro chasqui: ya estaban cerca.

Desde los túneles, vimos la patrulla chilena. Unos treinta jinetes. Bajaron al valle. Desde unos cien metros, vieron el agua. Se apresuraron. Llegaron a la kocha, bebieron hasta saciarse, se mojaron la cabeza, cargaron agua en vasijas metálicas.

Parte del grupo volvió. Otros se quedaron, observando.

Los chapacos esperaban.

En el frente, Ciriaco y yo nos acomodamos entre las rocas. El frío calaba. La luna iluminaba el suelo blanco.

Llegó la orden: distribuir singani a las tropas. Para la espera. Para el frío. Para el valor.

—Tome —le dije, pasándole la bota.

Ciriaco bebió. Pasó.

—Para el frío —dijo.

La bota circuló entre los soldados cercanos. Nadie hablaba. Todos miraban hacia abajo, hacia la laguna, hacia donde el enemigo tenía que venir.

Después de un rato, Ciriaco empezó a cantar bajito. Una tonada vieja. La vidita San Lorenzo.

Al principio fue casi un susurro, un temblor de labios más que una voz. Pero la tonada era reconocible, vieja como los cerros, arrastrada como los ríos del sur.

—La vi...dita... San Loren...zo...

—Cállese, ñaupá —le susurraron.

Pero él siguió. Apenas un hilo de voz, como un rezo.

A mí, se me entumecieron los dedos de la mano, lo miré e intenté también susurrar la canción.

Cuando cayó la noche, los chilenos volvieron.

Esta vez, toda la columna. Venían sedientos. La tropa se agolpó en la laguna. Caballos y hombres bebían revueltos, desmontados, confiados.

Entonces, la orden.

El fuego estalló desde el frente. Los primeros cayeron sin entender. El caos.

En el costado izquierdo, Abel apretaba el fusil. Las manos le temblaban. A su lado, el teniente Juan Cortez le susurró:

—Tranquilo, pues. Ahora no. Cuando bajen.

Abel esperó. Respiró. Esperó.

—¡Ahora! —gritó Cortez.

Saltaron.

Los del Batallón Ayacucho entraron de manera quirúrgica hacia el Estado Mayor de los chilenos.

Abel corrió.

No sabía hacia dónde. La arena blanca brillaba bajo la luna como si estuviera nevada. Los disparos tronaban. Los gritos. Los ayes.

Se chocó con un soldado. Cayó. Se levantó. Siguió.

Se chocó con otro. Siguió.

No sabía dónde estaba su fusil. Lo perdió en algún lado. Las manos vacías. El miedo.

Un forcejeo. Un cuerpo contra el suyo. Un golpe en la espalda.

No como un golpe. Como un saludo de amigo. Fuerte. Seco.

Abel cayó de rodillas. La arena blanca se tiñó.

Miró sus manos. Sangre.

—Qué raro —pensó—Au —dijo.

La luna se le apagó.

Mateo estaba agazapado con el Escuadrón Méndez.

Esperaban. El ruido de la batalla llegaba desde abajo, pero ellos todavía no se movían.

Rosendo Antelo, a su lado, susurró:

—Todavía no. Cuando estén todos adentro.

Mateo asintió. El cuchillo en la mano. No recordaba haberlo sacado.

—Ahora.

Salieron de las sombras. Sin gritos. Solo el rumor de las botas, el metal, los jadeos.

Bajaron como una sola bestia.

El primer chileno que encontró Mateo lo miró con los ojos abiertos, sorprendido.

No tuvo tiempo de cerrarlos.

El cuchillo entró por debajo de las costillas. Hacia arriba. Como se mata a un cerdo. La hoja buscó el corazón, lo encontró. El hombre exhaló un aire caliente, un ¡uh! que se perdió en la noche. Las manos le fueron al pecho, como si pudieran sacar el hierro. No pudieron.

Cayó de rodillas. Después de lado. Los ojos abiertos, mirando nada.

Mateo ya no lo vio.

El siguiente venía con una bayoneta calada. Gritaba algo, una orden, un insulto, qué importa. Mateo se agachó. La bayoneta pasó sobre su cabeza. Sintió el viento. Cuando el hombre pasó, Mateo le clavó el cuchillo en la ingle. Ahí donde late la vida.

El chileno aulló. No como hombre. Como perro. Como animal que no entiende lo que le pasa.

Mateo giró el cuchillo. Una vez. Dos. El aullido se cortó.

El hombre cayó hacia adelante. Mateo lo apartó con el pie. Ya buscaba al siguiente.

Mateo no pensaba. El cuerpo sabía. Entra, sale, entra, sale.

A su alrededor, el Escuadrón Méndez era una máquina de matar.

Los sanlorenceños se movían en la oscuridad como si hubieran nacido ahí. Cuchillo aquí, machete allá.

—¡Yacu! —gritó alguien.

—¡Rumi! —respondió otro.

Las contraseñas volaban en quechua. Los chapacos se reconocían en la oscuridad.

A lo lejos, vio a Rosendo Antelo. Peleaba con dos a la vez. El capitán se movía como si bailara. Un paso al costado, un tajo. Un paso atrás, otro tajo. Los dos chilenos cayeron casi al mismo tiempo.

Antelo lo miró. Tenía sangre en la cara. De él o de ellos, no se sabía. Sonrió. Una mueca. Nada más.

Mateo siguió.

La noche era un infierno de gritos, metales, cuerpos que caían. La tierra blanca se estaba volviendo negra.

Mateo encontró otro. Y otro. Y otro.

Ya no los contaba.

Hasta que de pronto, no hubo más.

El silencio llegó como un golpe.

Mateo se detuvo. Las manos le temblaban. El cuchillo goteaba. Miró alrededor y no vio a nadie de pie que no fuera de los suyos.

Respiró hondo. El aire helado le quemó los pulmones.

—Vivís —dijo una voz.

Antelo, a su lado. Jadeando también.

Mateo asintió. No podía hablar.

—Bueno —dijo Antelo—. Todavía falta contar los muertos.

Mateo limpió el cuchillo en la tierra blanca.

Ya no era blanca.

—Todavía falta —dijo.

Y siguieron.

CAPÍTULO 8 – LA BATALLA NO SE ACABA

La noche seguía rota. Los disparos ya no eran tantos. Ahora se oían más los metales, los gritos, los jadeos. El combate cuerpo a cuerpo.

Yo peleaba.

Ya no sabía cuánto tiempo llevábamos así. Solo que había un hombre encima de mí, que apestaba a sudor y pólvora, que quería matarme. Forcejeamos en el suelo blanco. La sangre manchaba la sal.

Encontré un cuchillo. No sé si era mío o de él. Lo hundí.

El hombre se aflojó.

Me quedé un momento debajo del cuerpo, respirando hondo. Después lo empujé. Me senté. Jadeaba.

Escuché.

El ruido de la batalla estaba disminuyendo. Los disparos eran aislados. Los gritos, más lejanos.

Paz, primero. Como cuando el viento se detiene.

Respiré.

Y entonces me di cuenta.

No escuchaba a Ciriaco.

El viejo siempre estaba cantando, rezongando, tosiendo. Siempre se le oía, aunque fuera bajito.

Me puse de pie. Busqué entre las sombras, entre los cuerpos.

Veía a otros peleando todavía, a lo lejos. Yo no. Yo buscaba.

Corrí. Me agaché. Miré caras. No era el suyo.

Corrí más.

Lo encontré.

Ciriaco estaba en el suelo, boca arriba. La Biblia abierta sobre el pecho. La bota de singani vacía a su lado. Los ojos cerrados. Parecía dormido.

Pero no respiraba.

Me quedé quieto. No canté. No lloré. Solo miré.

Alguien vino. Un chileno, quizás, que huía. No lo pensé. Me lancé. El cuchillo entró, salió, entró. El otro cayó.

Me quedé sobre él, jadeando.

La negación era furia.

Seguí peleando.

Eliodoro estaba atrapado.

Minutos antes, en la pelea, un caballo chileno cayó sobre él. La bestia, herida, se vino abajo como un cerro de carne y hueso. Lo aplastó contra el suelo. Eliodoro alcanzó a moverse, a zafarse un poco, pero la pierna no respondió. Quedó debajo del animal, entre el lomo y la sombra, respirando el olor a sangre y sudor de la bestia moribunda.

Desde ahí vio la batalla que aún no terminaba.

Vio a Quiroga.

El mayor estaba a unos metros, luchando. Un chileno lo atacaba. Quiroga paró el golpe, respondió. Estaba herido, se notaba en la forma de moverse, en la sangre que le corría por el brazo, pero seguía.

Eliodoro llevó la mano a su arma. Le quedaba una bala. Una sola.

Apunta.

La mano le tembló. Respiró hondo. Había esperado tanto. El terreno de su padre. Los años de injusticia. La muerte del viejo sin ver lo que era suyo.

Apretó el gatillo. No disparó.

El dedo no obedeció.

Entonces vio a un chileno que se acercaba a rematar a un boliviano herido. El soldado estaba en el suelo, indefenso, esperando el golpe.

La mano le tembló.

Eliodoro miró al chileno. Miró a Quiroga. Miró su arma. La bala.

El tiempo se detuvo.

Una lágrima. Rabia. Pura rabia.

Poom.

El chileno cayó.

Quiroga se volvió, sorprendido. Vio al chileno en el suelo. Vio el humo. Siguió la dirección del disparo.

Vio a Eliodoro, atrapado debajo del animal.

Quiroga corrió. Se agachó. Lo agarró.

—Gálvez —dijo, tirando de él.

Eliodoro no respondió. Miró hacia otro lado.

Quiroga lo arrastró, lo sacó de ahí, lo puso a cubierto detrás de unas rocas.

—No era necesario—ladro Eliodoro, la voz áspera como piedra.

Quiroga lo miró. No había rencor en sus ojos. Tampoco gratitud. Solo cansancio. Cansancio de guerra.

—Le prometí a tu papá cuidarte —soltó.

Y no habló más.

La batalla había terminado. Los grupos regresaban. Los soldados se reunían, buscaban a sus compañeros, contaban muertos, recogían heridos.

El coronel Ayoroa estaba rodeado de los del Ayacucho. Se subió a una pequeña altura, una loma de tierra blanca. Quiso hablar.

Abrió la boca. Las palabras no salieron.

—Soldaditos... —dijo, y la voz se le quebró.

Lloró. Llanto profundo, de hombre que ha visto la muerte y la victoria y no sabe cómo juntarlas.

—Queridos hijos míos... —intentó otra vez.

El llanto no lo dejó. Los hombros le temblaban. Las lágrimas le corrían por la cara, se perdían en la barba.

Los soldados lo mirábamos. Algunos también lloraban.

—Soldaditos... indiecitos queridos —dijo al fin, entre hipos—. Ustedes han salvado a Potosí. Han salvado la patria.

Se bajó de la altura. Se sentó en el suelo y lloró. Lloró como un niño.

Y todos lloramos con él.

—Lloro de emoción —dijo—, lloro porque hemos ganado, hemos defendido la patria. Desde aquí, abandonados por ese kuchi de Campero.

Nadie respondió. No hacía falta.

El botín y los documentos secretos

Después de la batalla, recogimos de todo. Fusiles, caballos, mulas, municiones. Pero lo más importante fueron los papeles. Documentos chilenos que probaban lo que venían a hacer. No solo a pelear. A quedarse. A tomar Potosí. A cortar el paso de las armas que venían de Argentina. A juntarse con Paraguay para atacar a los que nos vendían fusiles. Todo eso estaba escrito. Todo.

Los vencedores retrocedían como vencidos

Pero Campero, el general que esperaba, el que dudaba, el que nos tuvo meses quietos mientras los chilenos se acercaban, ese mandó una orden: retroceder. Los que habíamos ganado, retrocedíamos como vencidos. Por orden suprema. Como si Canchas Blancas no hubiera pasado. Como si la victoria fuera una vergüenza.

Ahí se dividió la tropa. Unos se fueron con Lino Morales a Tarapacá, a seguir peleando. Otros, como el Batallón Ayacucho, volvieron a Potosí. Y nosotros... nosotros nos separamos también.

Mateo se fue con Rosendo Antelo. Primero Tarapacá y después llegaron hasta el Alto de la Alianza. Ahí, el 26 de mayo del 80, los chilenos no perdonaron. Mateo cayó en esa batalla. No sé si peleando bien o mal. Solo sé que no volvió.

Quiroga solo llegó a Tarapacá. Dicen que murió allá, en noviembre del 79, en esa batalla que también ganamos. No me consta. Nunca más lo vi.

Antelo sobrevivió. De los pocos.

Eliodoro.

Eliodoro volvió a Tarija, con heridas de Guerra que le marcarán por el resto de la vida...

Campero fue político no más. Dio su golpe, tumbó a Daza, se sentó en el sillón. Presidente fue. Pero presidente de qué. De un país que pierde la guerra mientras sus generales pelean entre ellos.

Morales, Lino Morales, el que nos llevó a ganar, ese no comulgó con Campero. Y a los que no comulgan, los congelan. Así nomás. Pero nosotros, los que peleamos con él, sabemos quién era.

Yo me quedé

Yo no fui a ninguna parte. Me quedé. Me quedé en Potosí, en los caminos, en los pueblos. Me hice arriero, después transportista. Nunca volví a San Lorenzo. ¿Para qué? Los que esperaban ya no estaban.

Terminé mi relato. El vaso de singani estaba vacío. En otras mesas, repetían discursos.

Los muchachos que escuchaban ya no estaban. Se habían ido a alistarse, a que bando ya no lo sé, ahora se pelean entre Bolivianos.

Salí del bar.

El frío me golpeó la cara. Eso estuvo bien. El frío despierta.

Crucé la calle. No había nadie. Las casas cerradas, las ventanas oscuras. Solo el viento y yo.

Caminé hasta la plaza. Me senté en un banco. La estatua del centro, no sé de quién, miraba hacia ninguna parte.

Saqué el reloj. Las diez y cuarto. La misma hora, más o menos, de aquella noche en Canchas Blancas cuando todo empezó a terminarse.

—Ciriaco —murmure—. La vidita San Lorenzo.

Nadie responde.

Solo el viento.

Solo el polvo.

Solo la memoria.

FIN.

